

Era ya muy entrado el día cuando Mariquita Blanchet salió del nido, bien emperejilada en su luto, con tan hermoso negro y tan hermoso blanco que parecía una pequeña urraca. La pobrecita tenía una gran pena, y es que el luto iba á impedirle, por algún tiempo, ir á los bailes, y que todos sus galanes la iban á echar de menos; tenía tan buen corazón que los compadecía grandemente.

— ¡Cómo!, exclamó al ver á Francisco recogiendo papeles en el cuarto de Magdalena, ¿está usted aquí en todo, señor molinero! Hace la harina, atiende á los negocios, prepara la tisana... Pronto le veremos coser é hilar...

— Y á usted, señorita, contestó Francisco, que vió bien que le miraba con buenos ojos aunque le punzaba con la lengua, aun no la he visto hilar ni coser; se me figura que pronto vamos á verla dormir hasta mediodía, y hará usted bien. Eso conserva fresco el cutis.

— ¡Hola, maese Francisco!, ¿ya nos decimos las verdades?... Cuidado, que yo también sé decirlas.

— Las espero cuando usted guste, señorita.

— Ya vendrán; pierda usted cuidado, guapo moli-

nero. Pero ¿adónde ha ido Catalina, que le veo á usted guardando á la enferma? ¿Necesitaría usted una cofia y una falda?

— ¿Sin duda pedirá usted luego una blusa y un gorro para ir al molino? Porque, no haciendo trabajo de mujer, que sería velar un poquito junto á su hermana, desea usted moler trigo. ¡Á su gusto! cambiemos de traje.

— ¿Diríase que me da una lección?

— No, desde luego la he recibido de usted, y por cortesía se la devuelvo.

— ¡Bueno! ¡bueno! le gusta á usted reir y travesear. Pero pierde el tiempo; aquí no estamos para bromas. Hace poco que hemos ido al cementerio, y si charla usted tanto, no dejará descansar á mi cuñada que tanto lo necesita.

— Por eso no debiera usted levantar tanto la voz, señorita, porque yo le hablo muy quedo, y usted no habla, en este momento, como convendría en el cuarto de una enferma.

— Basta, maese Francisco, dijo Mariquita bajando el tono, pero poniéndose roja de despecho, tenga usted la bondad de ver si Catalina anda por ahí, y, por qué deja á mi cuñada al cuidado de usted.

— Usted dispense, señorita, dijo Francisco sin acolorarse; no pudiendo dejarla al cuidado de usted, puesto que es dormilona, no tenía más remedio que fiar en el mío. Y, en cuanto á llamarla, me guardaré de hacerlo, porque esa pobre mujer se cae de fatiga.

Lleva ya pasadas quince noches en vela, sea dicho sin ofender á usted. La envié á descansar, y hasta las doce haré su trabajo y el mío, porque es justo que la gente se ayude entre sí.

— Oiga usted, maese Francisco, dijo la muchacha, cambiando súbitamente de tono; parece que quiere usted decir que sólo pienso en mí y que dejo todo el trabajo para los demás. Quizá hubiera debido velar á mi vez, si Catalina me hubiese dicho que estaba cansada. Pero decía que no lo estaba, y yo no veía que mi cuñada estuviese en tan gran peligro. De modo que usted me juzga mal, y no sé de dónde ha sacado eso. Usted, solamente me conoce de ayer, y no hay todavía entre nosotros bastante familiaridad para que me reprenda como lo hace. Obra usted demasiado como si fuese el jefe de la familia, y sin embargo...

— ...Vamos, diga, bella Mariquita, diga lo que tiene en la punta de la lengua. Y sin embargo, fui recibido y educado aquí por caridad, ¿no es eso? y no puedo ser de familia, porque no tengo familia; ¿no tengo derecho á ello, porque soy expósito! ¿Es esto todo lo que usted tenía ganas de decirme?

Y contestando sin ambages á Mariquita, Francisco la miraba de una manera que la hizo ponerse colorada, pues ella vió que se las había con un hombre severo y muy serio, el cual mostraba, no obstante, tanta tranquilidad y dulzura que no habría medio de despecharlo, ni de hacerle pensar ó hablar injustamente.

La pobre joven tuvo así como un poco de miedo,

á pesar de que no solía morderse la lengua, y aquella especie de miedo no impedía cierto deseo de agradar á un mozo tan guapo, que hablaba con tanta firmeza y miraba tan francamente. Toda confusa y perpleja, á duras penas pudo retenerse de llorar, y volvió vivamente la cara á otro lado para que él no la viera turbada.

— No me ha ofendido usted, Mariquita, y, por su parte no tiene motivo para estarlo. No pienso mal de usted. Pero veo que es joven, que la casa está de desgracia, que usted no hace caso de ello, y que es preciso que yo le diga mi modo de pensar.

— ¿Y qué es lo que piensa? dígalo de una vez, y sepamos si es usted amigo ó enemigo.

— Pienso que si á usted no le gustan los quebraderos de cabeza y los cuidados que uno se toma por las personas que ama y que se encuentran en una situación apurada, tiene usted que hacerse á un lado, reirse de todo, pensar en sus trajes, en sus pretendientes, en su futuro matrimonio, y no extrañarse ni ofenderse de que otros trabajen aquí en su lugar. Pero si tiene usted corazón, hermosa niña, si quiere de veras á su cuñada y á su simpático sobrino, y á la pobre criada, tan fiel que es capaz de morir trabajando como un buen caballo, tiene usted que levantarse algo más temprano, cuidar á Magdalena, consolar á Juanito, aliviar á Catalina, y sobre todo cerrar los oídos al enemigo de la casa, que es la señora Severa, una mala alma, créame. He aquí lo que pienso, ni más ni menos.

— Me alegro de saberlo, dijo Mariquita con un poco de sequedad, y ahora me dirá usted con qué derecho desea que yo tenga su modo de pensar.

— ¡Oh! con el derecho del expósito, del niño recibido y educado aquí por la caridad de la señora Blanchet; lo cual es causa de que yo tenga el deber de quererla como á mi madre y el derecho de obrar á fin de recompensarle la bondad de su corazón.

— Nada tengo que decir á eso, repuso Mariquita, y veo que lo mejor que puedo hacer es tomarle á usted en aprecio desde ahora y en buena amistad con el tiempo.

— Eso me acomoda, dijo Francisco; déme la mano.

Y se adelantó hacia ella tendiéndole su gruesa mano, sin encogimiento alguno. Pero á la muchacha le picó de pronto la mosca de la coquetería, y retirando su mano, le dijo que no estaba bien que una joven diese así la mano á un muchacho.

Francisco se echó á reir y la dejó, viendo que no era franca, y que ante todo quería agradar y hacerse querer.

— ¡Hermosa mía!, pensó, ¡no es eso! No seremos amigos como usted lo entiende.

Fué hacia Magdalena que acababa de despertar, y que le dijo, cogiéndole ambas manos: — He dormido bien, hijo mío, y es una bendición de Dios el que te vea al despertar. ¿Pero cómo es que Juanito no está contigo?

Después que se le hubo explicado la cosa, dijo tam-

bién palabras de amistad á Mariquita, inquietándose á la idea de que hubiese pasado la noche velándola, y asegurándole que su mal no requería tantos cuidados. Mariquita esperaba que Francisco iba á decirle que, lejos de pasar la noche en vela, se había levantado muy tarde; pero Francisco no dijo nada y la dejó con Magdalena, que quería probar de levantarse, no sintiéndose ya con fiebre.

Al cabo de tres días, se encontró tan bien que pudo hablar de sus negocios con Francisco.

— Esté usted tranquila, mi querida mamá, le dijo él. Me he desasnado un poco en la otra casa y entiendo bastante de negocios. Quiero sacarla á usted del paso, y lo conseguiré. Déjeme hacer, no desmienta nada de lo que yo diga, y firme todo lo que le presente. Ahora mismo, ya que puedo estar tranquilo sobre su salud, voy á la ciudad para consultar á los abogados. Hoy es día de mercado, encontraré allí varias personas que deseo ver, y espero que no perderé el tiempo.

Hízolo tal como había dicho; y después de haberse informado y aconsejado con los abogados, vió claramente que los últimos pagarés que Blanchet había firmado á Severa podían servir de base para un buen pleito, pues los había suscrito teniendo la cabeza trastornada por la fiebre, el vino y la bestialidad. La Severa se figuraba que Magdalena no se atrevería á pleitear, por temor á los gastos. Francisco no quería aconsejar á la señora Blanchet que lo fiara todo á la

suerte de los procesos, pero pensó muy cuerdamente que convenía hacerla mostrar desde luego mucha firmeza, para venir después á un arreglo; y como necesitaba de alguien que llevase la palabra al enemigo, imaginó un plan que surtió el mejor efecto.

Durante tres días, había observado á Mariquita lo bastante para ver que iba diariamente á paseo por la parte de los Dollíns, en que residía la Severa, y que tenía más amistad de la que era de desear con aquella mujer, á causa, sobre todo, de la frecuencia con que encontraba allí jóvenes conocidos y señores que la requiebaban. No es que quisiera prestarles oídos, pues era todavía inocente, y no creía al lobo tan cerca del redil; pero le gustaban los piropos y la atraían como la leche á las moscas. Se ocultaba grandemente de Magdalena para dar sus paseos; y como Magdalena no era picotera con las demás mujeres y no salía aún del cuarto, no veía nada ni sospechaba falta alguna. La gruesa Catalina no era mujer para adivinar ni observar la menor cosa. Así es que la chica, so pretexto de llevar las ovejas al campo, las dejaba al cuidado de algún pastorcillo, y se iba á coquetear con gente maleante.

Francisco, yendo y viniendo para los negocios del molino, vió la cosa, no dijo de ella una palabra en casa, y se aprovechó como van ustedes á saber.